

Los libros se parecen a su autor, como los hijos a su padre: los de María Carolina Geel tendrán que presentarse ahora a declarar por ella, ante la justicia. Esperemos que su testimonio contribuya a salvarla. Son varios los extraños testigos, al par elocuentes y mudos, y todos llevan la misma señal de seres aparte, si no desviados o extraviados, por lo menos, fuera de la vía corriente y con un aire que, a primera vista, inquieta, algo singular que empieza en el inexplicable seudónimo de la escritora, ese nombre completo y helado, lejano, que parece erguido en la nieve, venido de unos remotos hielos y con disfraz. Probablemente nadie sabe por qué firma así. Será preciso averiguarlo. Los procesos tienen eso de terrible: todo lo sacan minuciosamente a luz y lo ventilan, sin pudor, sacudiéndolo. Ya ha empezado la horrorosa tarea en el anteproceto, ante la opinión que los diarios inician, algunos con escalofriante avidez de chacal, hozando en la sangre. Pero los explotadores del escándalo no dirán, sin duda, lo que oculta el alma misteriosa de María Carolina Geel, sino, como siempre, lo que ellos deberían, más bien, ocultar. Dejémosles pasar como a la fiera... ¿Qué se sabe, qué se sabrá de lo que sucedió ahí esa tarde, "a las cinco en punto de la tarde"? Posiblemente, ella misma se vería en grandes dificultades para explicarlo. Ahí están sus libros, sus novelas. No son nada claras. Los personajes aparecen envueltos en una atmósfera de penumbra, mitad soñados, mitad reales, y se ve que la dominan. En todo escritor hay, desde luego, un desdoblamiento que puede ser múltiple; existen los estados segundos, durante los cuales alguien invade la plaza, toma el sitio, da órdenes, toma resoluciones. Hace medio siglo, esta misma observación, exagerada, originó una teoría que fué rápidamente desacreditándose. Todos los genios resultaban degenerados, enfermos, tarados, semilocos o, como diría un autor nuestro, desconformados cerebrales, equilibrándose con dificultad junto a la locura. Pero aún rebajada de sus excesos, la tesis conserva todavía fuerza bastante para poner a las mentalidades superiores, como si dijéramos, en observación, bajo sospecha. Los casos superabundan, brotan donde menos se les aguarda. ¿Se concibe escritor más claro, más firme, más cuadrado de buen sentido, más penetrante y luminoso que el Maupassant de la primera época, de los primeros cuentos? Es la expresión de la inteligencia, es la razón racionante que mira de frente y habla sin vacilación. Tiene su excelencia y sus fallas; porque se le ve demasiado, se abarcan sus límites y carece de medias tintas hasta fatigar, como una casa pintada de blanco al sol del mediodía. Y, sin embargo, ya habitaban en su cerebro el loco de "La Horla" y las alucinaciones futuras. Mas no todas las demencias son tan declaradas ni afloran. Tampoco forman una línea que se pueda señalar: estallan de pronto e irrumpen, hacen

explosiones súbitas y vuelven a apagarse. Todos llevamos dentro tantos seres desconocidos. En las novelas de María Carolina Geel, novelas brotadas de una necesidad interior evidente, sin retórica, sin arte, a menudo sin gramática, pero con

PLUMAS NACIONALES

MARIA CAROLINA GEEL

POR ALONE



un temblor íntimo poderoso, esos seres se presentan encubiertos, sin dar la cara. Están ahí, ella los mira, podemos verlos; pero nunca se sabe exactamente qué son y conservan su enigma.

Recordamos una, particularmente extraña, inolvidable por cierta particularidad única, en las letras, y que a su tiempo —1947— hicimos notar: nadie tiene allí nombre propio. Y no son dos o tres personajes, sino una docena. Van, vienen, aman, dudan, recorren la playa, entran en el hotel —también anónimos— y acabamos por familiarizarnos con ellos; pero nunca sabemos cómo se llaman, quedamos siempre ignorando ese detalle que envuelve los demás y los absorbe, hasta suprimirlos. Por un curioso instinto, María Carolina Geel acertó allí con un procedimiento muy simple, de vastas consecuencias. El nombre personal concierta al tipo y le quita toda su aura flotante, hasta despojarlo de interés. Parece que ya lo conociéramos, lo encontramos igual a todos, emparejado con el vulgo en la misma carrera monótona. El efecto del anonimato es alucinante: uno es él; otro, ella; el marido, la cuñada, el galán rubio, el sacerdote, el joven buen mozo, la aristócrata habitante del castillejo, el médico laboratorista, el caballero vestido de blanco, un manco, la ayudante del marido, toda una familia, todo un clan.

Es, probablemente, el miedo a la definición, un quitarle el rostro a la realidad como a un peligro.

María Carolina Geel sentiría dentro al enemigo. Se escribe para librarse de él, para expulsarlo. Todos los poemas han hablado de esa proliferación dañina que se produce en los sótanos de la mente y no son de ahora los fantasmas que el psicoanálisis procura eliminar, mediante el "barrido de la conciencia" o confesión médica. Recuerdese el prólogo de las Rimas de Bécquer, anticipación de Freud, y también las primeras Rimas, que preludian con tanta precisión las audacias vanguardistas y surrealistas: "ideas sin palabras, palabras sin sentido"...

Durante una larga conversación entre amigos de la escritora, todos los cuales la absolvían, se habló de su indefinible personalidad, se habló un poco fúnebremente, como si ya no existiera, con

falta total de eufemismos y en pretérito. Era una mujercita baja, menuda, agradable, muy inteligente, de una conversación aguda, que interesaba. Todos estaban consternados. Uno había comido con ella, y "el otro", la noche anterior. Nada observó de raro. Un joven argentino que regresaba a su patria debía haber hecho el viaje con ella ese día. El suceso ocurrió un viernes. Ella quería partir el jueves: ellos trataban de disuadirla, le decían que para qué se apuraba, que partiera el sábado. Nadie, ni ella ni ellos, sospechaban lo que significaba el viernes, lo que se preparaba el día viernes, a las cinco de la tarde. La habían notado deprimida, pero muy lúcida. Cierta obsesión de la muerte la rondaba. Carecía de vanidad, no tenía esa coraza protectora que defiende a los escritores contra el desaliento, contra la indiferencia de los críticos y el silencio de los editores; se creía fracasada, se apresuraba a condenar sus propias obras y había que alentarla para que siguiera escribiendo. Se dijo que hubo en su dramática resolución móviles de exhibicionismo. No: son engaños del sitio y de la hora: María Carolina Geel no tenía —siempre el pretérito mortuario— ningún rasgo de arribista. Más bien se inclinaba a ocultarse. ¿Qué le sucedió esa tarde, qué pasó por ella, quién se apoderó de su mano para disparar? Habrá que releer sus libros. En esa serie de pequeños volúmenes inquietantes, indecisos, un psiquiatra hábil podrá descubrir el mecanicismo, fatal como el del arma, que desencadenó la acción. Ciertas imágenes asociadas a sentimientos se vuelven tiránicas, operan imperiosamente, escapan al control de la conciencia. La reacción inmediata de la escritora, consumado el hecho, ese arreptimiento súbito y delirante que la hace arrojar sobre su víctima en un impulso de inmolación desesperada —escena que periodistas sin decencia tradujeron miserablemente—, abre una puerta hacia el interior de la que, sin quererlo, acaso sin saberlo, mató. Ella fué la primera sorprendida, la que primero experimentó el desconcertado asombro con que sus amigos consideran el suceso, dándose una y otra vez de bruces contra el secreto. Se tiene la sensación neta de una intervención extraña. Parece imposible conectar la personalidad de María Carolina Geel, la auténtica, la de todos los días, con esa que, en un momento, como sonámbula, abre el maletín, saca el revólver, dispara. Supónganse detrás todos los móviles pasionales. Pero, ¿alguien quedaría vivo si éstos debieran siempre actuar así? Es que la mentalidad de los escritores se acerca más que las otras al peligroso límite donde la realidad y el sueño se confunden: su equilibrio resulta menos estable. Una vez más: será preciso que declaren los libros de María Carolina Geel, y escucharlos con suma atención. Ellos la salvarán.

ALONE.